

CUBA; DESAFIOS, POTENCIALIDADES, FRAGILIDAD EN UN ESCENARIO DE GLOBALIZACION Y HEGEMONIA* .

Aurelio Alonso

Quiero comenzar por agradecer al P. Jesús Espina, O.P., el privilegio de iniciar este ciclo del Aula Fray Bartolomé de las Casas, y aprovechar la ocasión para reconocer también a su antecesor, el P. Manuel Uña, O.P., la iniciativa y el esfuerzo en la construcción de este espacio de encuentro y de diálogo, y su hospitalidad, que me permitió convertirme en un huésped frecuente de esta casa.

He presentado este enfoque de la realidad cubana de hoy en cuatro ocasiones durante el último año. La primera versión, con un diagnóstico más detallado del saldo de los noventa, en la Universidad de Eichstätt en octubre del 2000. La segunda, en el seminario anual del Centro de Investigaciones Psicológicas y Sociológicas (CIPS), con mayor énfasis en mi visión de los retos o desafíos con los que ingresamos al nuevo siglo. Una síntesis de los contenidos de una y otra integra mi exposición en el Aula Carlos J. Finlay de la Arquidiócesis de Camagüey en abril de este año, publicada en el No. 74 de la revista *Enfoque*, editada por la Arquidiócesis. En las conferencias que tuve ocasión de dictar en Francia entre mayo y junio pasado buscaba la articulación de la situación interior con el escenario internacional.

No se trata, por lo tanto de conferencias idénticas. Cada vez he cedido a la tentación de detenerme en algún aspecto que percibía incompleto en las anteriores. La pretensión de abarcar la realidad cubana de hoy en una conferencia es ilusoria. La de

* Conferencia impartida por Aurelio Alonso, investigador titular del CIPS, en el Aula Fray Bartolomé de las Casas, en La Habana, el 25 de octubre del 2001.

sintetizarla es siempre arriesgada. Así que me limitaré aquí, como en ocasiones anteriores a levantar temas que considero de importancia para acercarnos a esta realidad de manera integral y tratando de no perder objetividad. Aclaro también que se trata de mi enfoque personal, que no es el único posible ni es mi intención buscar aquí coincidencias.

Imagino que alguno de ustedes habrá vivido la angustia de un virus de computadora agresivo. Yo acabo de sufrirlo con algo que entró por el correo electrónico y dio enseguida señales de su presencia. Después de descubrir que la actualización del antivirus de 15 días atrás ya no operaba para éste comencé a buscar nuevas actualizaciones y otros programas de descontaminación. Cada vez que intentaba una nueva vacuna el virus se rebelaba, la bloqueaba y avanzaba en su acción erosiva, impidiendo al fin el acceso total a la máquina.

Esta vivencia se me antojó simbólica de las frustraciones que puede sufrir un país que durante cuatro décadas intenta poner en marcha un proyecto de justicia social y desarrollo, y se percata desde el comienzo que para ello tiene que hacer valer rangos prácticos, efectivos de soberanía. Una soberanía que hasta ese momento ha sido virtual, pues mucho antes de que se pudiera incorporar a nuestro vocabulario el concepto de “realidad virtual” la soberanía virtual había desplazado en nuestro continente cualquier posibilidad de soberanía real.

La política de Estados Unidos nos ha llegado como un virus contra la realización soberana de un proyecto nacional autóctono, desde los años de la República postcolonial hasta la Revolución socialista. Pero también se me ocurrió que esta situación podría tener valor simbólico para el otro, el sistema que por doscientos años se ha planteado la hegemonía como su destino manifiesto. Es de suponer que una resistencia tan tenaz como la cubana sea vista desde la otra parte como un virus contra la consolidación de la hegemonía. El virus del aislamiento de cara al proyecto social nacido de la revolución. El virus de la resistencia frente a la hegemonía.

En los últimos quince años la sacudida sufrida ha dado lugar, más allá del impacto inmediato, a un cambio significativo de perfil en la economía cubana y en la estratificación de la sociedad. Y también ha incidido en la escala de valores de la población. Al hablar del cambio no asumo todo lo que alguien puede aspirar a ver y no ve, lectura propia de del que piensa que el cambio se queda corto o incluso que no ha tenido lugar cambio alguno. Como al otro extremo, el de no ver el cambio por suponer que como medidas de ajuste, se trata de movimientos provisionales. Ocurre ceguera cuando no se ve cambiar todo lo que se quiere que cambie, o cuando se le teme tanto al cambio que no se quiere ver.

La realidad impone lógicas implacables que desbordan los propósitos y los diseños, pero los propósitos y los diseños también son parte de la realidad. Por eso el tiempo en que vivimos nos ha llevado a valorizar conceptos como el de desafío o reto por encima de otros más cerrados o estáticos, menos aptos para mostrar las incertidumbres del proyecto social.

Todos sabemos que hace 15 años el país se sostenía – más que nunca en su historia – sobre el azúcar, que vendía al CAME en términos de intercambio sumamente preferenciales, las preferencias comercialmente más propicias en su historia. Después del corte del acceso al mercado financiero en 1986 (en respuesta a la moratoria sobre los pagos de la deuda externa), se elevó aun a cerca del 90% la presencia del CAME como contraparte en el intercambio internacional; el momento marcó el clímax de la dependencia azucarera, y de la dependencia de un sólo mercado externo.

No obstante, no se puede desconocer el conjunto de los beneficios alcanzados en ese marco. En primer lugar, los indicadores de la economía cubana llegaron a su nivel más elevado, que había permitido al país montarse en un carril de desarrollo y costear las políticas de justicia social más avanzadas del mundo subdesarrollado. En segundo lugar, se logró imponer un patrón de equidad impresionante: la diferencia entre los ingresos más altos y los ingresos más bajos se calculaba aproximadamente en 4/1, y

alrededor del 90% de los ingresos provenía del salario. En tercer lugar, el nivel de satisfacción de las necesidades básicas de la población permitía que se comenzara a hablar de erradicación de la pobreza; en este aspecto solamente en los indicadores referidos a las necesidades de vivienda no se había llegado a un nivel de solución social aceptable.

Erradicar la pobreza debe ser precisamente el propósito primero de toda transformación social deseable de nuestro tiempo. No solo en el plano de la justicia distributiva. Se puede comprender fácilmente que la eliminación de la diferencia entre ricos y pobres no parte de la liquidación de la pobreza sino de la riqueza: la pobreza en todo caso se amortigua al distribirse con más equidad. Superar el imperio de la explotación puede ser el punto de partida pero todavía no es la solución.

Lo que quiero subrayar aquí es la idea de que aquella solidez aparente – con defectos y limitaciones, algunos graves, que nos prevendrían de la tentación de magnificar – tenía como sostén un sistema internacional que había comenzado a derrumbarse ya. De manera que en el largo plazo la dependencia ocultaba tras los logros, como oculta a menudo, una situación de fragilidad, tan real como los logros mismos.

No voy a analizar en esta ocasión, como he hecho en otras, los momentos sobresalientes de los noventa. No me alcanza el tiempo, y lo que quiero destacar es que 15 años después ha cambiado totalmente la estructura de sostén de la economía cubana. La locomotora de la economía pasó del sector azucarero al sector turístico. No hay que explicar que no se trata aquí de un cambio coyuntural sino de estructura. También de estructura en el plano de la composición de la propiedad del capital. Al mismo tiempo, fuera de la economía formal – pero muy dentro de la real – las remesas familiares se sitúan como la otra entrada principal de ingresos al país. El azúcar declina en busca de un lugar secundario – cercano al que ocupa el níquel - que debe hacerse más estable, más racionalizado, más redituable, aunque lo que se observe ahora sea sobre todo la caída y todavía no los beneficios de un redimensionamiento.

El hecho es que la dependencia azucarera terminó. Hemos llegado al final histórico de lo que Fernando Ortíz caracterizó genialmente como el contrapunteo cubano, para pasar a una realidad que podría ser polifónica. Con dos bemoles, sin embargo: 1) la superación de la dependencia azucarera no tiene lugar hacia arriba, como se quería, desde un carril de desarrollo y de industrialización, sino hacia abajo, por la súbita desaparición del escenario de inserción; 2) la diversificación no proviene de la selección sino de las posibilidades reales, de ese imperativo de la realidad que no deja opciones a la voluntad y que está en la base de la vida económica.

Permítanme decir algo ahora sobre la aventura del turismo y sobre el pecado de las remesas.

El turismo no era una variante entre otras, sino que volvía a ser la única opción para un cambio de estrategia. Digo “volvía” porque la burguesía cubana lo había descubierto desde finales del primer cuarto del siglo XX, cuando el modelo de acumulación azucarera hizo crisis. El dulce, como le llaman en el ámbito las finanzas, había retrocedido en el mercado mundial, y la conclusión en Cuba fue entonces fomentar el turismo. El crack bursátil del 29 primero, y los años de inestabilidad que siguieron a la revolución antimachadista mostraron también desde entonces la vulnerabilidad del turismo como producto de exportación. En los años cincuenta, cuando se asociaron riquezas fraudulentas de políticos corruptos locales y capital de la mafia norteamericana para retomar la empresa turística, la interrumpió una revolución que recogería de aquella experiencia los peores saldos en costos sociales y deformación de la economía. Y que tradujo esas vivencias en una fundamentada reticencia ante la opción turística, que, paradójicamente, en pocos años se convertiría en “locomotora” de otras economías nacionales.

Otra vez en la historia, ahora ante la inminencia del derrumbe socialista, con esa precisa urgencia, en medio de la carencia de reservas que forzaba a recurrir a otras fuentes de capital, iba a sacudirse (para Cuba, quiero precisar) uno de los dogmas

supuestos de la economía socialista de estado. Sería la aventura del turismo la que devolviera al país a la economía mixta, que había sucumbido a la “Ofensiva revolucionaria” de 1968 con la desaparición casi completa de la iniciativa privada.

Siguieron al turismo en esta diversificación económica asistida por la inversión extranjera sectores como el de la producción de níquel, las comunicaciones y otros servicios. Por otra parte, se ampliaba al nivel local el espacio de la pequeña iniciativa privada con los decretos de 1993 y 1994, aunque sobreviniera después un estancamiento en lo que había sido interpretado como momento de un itinerario reformador.

Las remesas familiares no involucran al Estado o, para usar un término gramsciano, a la sociedad política, salvo en el sentido de tener que asimilar un grado de tolerancia tácita hacia la reconciliación, en el ámbito familiar, con los “condenados” por preferir – por una u otras razones – la oportunidad de vida norteamericana a la austeridad del proyecto revolucionario. El Estado cubano no grava las remesas (como sucede en otros lugares) con impuestos, no las sujeta a conductos contables directos (creo que sólo aparecen en los estimados de las ventas de las cadenas de tiendas en divisas), no las toma en cuenta en las estadísticas (su presencia no se reconoce en los indicadores formales), y no admite que sean utilizadas en la inversión (y ni siquiera en acceso a un consumo privilegiado como podrían ser la compra de vehículos o las facilidades turísticas).

Permitir o instrumentar el acceso de las remesas (y del atesoramiento privado en general) a la inversión, seguramente reforzaría la reproducción de la economía (que tiene lugar a través de la inversión de los ingresos, no del consumo). Es difícil calcular en que medida, si mucho o poco; es difícil verlo como deseable; es difícil asegurar que no se podrá prescindir de ello. Sería legitimar, sin embargo, un sector privado inversionista, un paso en la mixturación de la economía que validaría jurídicamente (y en otros sentidos) una nueva escala de enriquecimiento a partir de la ganancia dentro

de la sociedad cubana. Además, en el caso cubano la recepción de remesas violenta de conjunto la eticidad del principio distributivo “a cada cual según su trabajo”, más que cualquier anomalía coyuntural.

Pero el problema que a veces, casi siempre, pasamos por alto es que resulta sesgado juzgar el turismo como aventura y las remesas como pecado; es verlos estrictamente desde el escenario cubano, ajenos al escenario global. Y no nos encontramos ante un problema cubano. No exclusivamente, no coyunturalmente, no momentáneamente cubano. Nos encontramos en el centro mismo de una nueva “división del trabajo” impuesta por el orden internacional actual. Remesas y turismo se han convertido en los pilares de las economías periféricas de nuestro continente, junto a las industrias de subcontratación o maquiladoras. Este fenómeno da cuenta del ensanchamiento de la brecha entre los centros de capital y los países periféricos. Entre el poder transnacional y los pueblos del mundo periférico. Y de las condiciones de la dependencia financiera, que dan lugar a la marea migratoria, permanente e intensa, de los países más pobres hacia los menos pobres en la periferia, y principalmente de la periferia latinoamericana y caribeña hacia los Estados Unidos y Canadá. El complejo migración/remesas cobró cuerpo primero en México, Centroamérica y el Caribe, extendiéndose progresivamente hacia el sur del continente.

La opción por el turismo también es representativa de esta brecha: la división del trabajo entre quien puede ofrecer sol y playas poco o nada contaminadas, a precios moderados y en consecuencia competitivos, la oferta de un lado; y la demanda, formada por quienes pueden costearse una vacación en el extranjero, básicamente las clases medias de los centros capitalistas. Nos hallamos, por tanto, más que ante la aventura y el pecado, en el medio de un fenómeno estructural que ha incidido en el cambio de nuestra estructura económica, pero también en otros aspectos de nuestra sociedad actual.

“Con estos bueyes hay que arar”, dice un viejo refrán. Estoy convencido de que habrá que contar con turismo y remesas para costear la recuperación de la economía cubana, e incluso para ponerla, si se logra, en un carril estable de desarrollo. Queda poco espacio para el debate sobre el dilema de que no sea lo más deseable, pero ¿a quién se le ocurre que uno sólo de los países de nuestra región pueda estar en condiciones de elegir las opciones económicas que más le convengan? El rango de elección de opciones que la resistencia permite a Cuba es significativamente mayor que el que disfrutaban los países vecinos. A pesar de ello, la economía tiene que atenerse a determinaciones que escapan a la voluntad y levantarse a partir de ellas.

Tampoco es previsible un cambio favorable a Cuba en la política de Estados Unidos. No voy a hablarles del bloqueo porque ya tenemos un año de mesas redondas informativas en la televisión, y van a preguntarse para qué vinieron a escucharme hoy a mí. Lo que sí quiero subrayar es que en el plano de la inserción internacional no es la política de Estados Unidos el único problema que Cuba enfrenta. Bloqueo aparte, queda la cuestión del sistema asimétrico de las relaciones Norte-Sur, de la dependencia financiera y la condición de deudor.

De nuevo tenemos que girar la mirada hacia el escenario internacional. A diferencia de los años sesenta hoy sería impensable un programa como el de la Alianza para el Progreso (ALPRO), al margen del sello de afianzamiento hegemónico que significaba. Sería irracional desde la perspectiva de intereses de Washington, y de los instrumentos internacionales de la dependencia financiera, pero también desde las posibilidades de la periferia. La noción de desarrollo como igualamiento dejó de ser válida. Se ha estimado, por ejemplo, que si en el mundo se pudiera adoptar la media de consumo energético de Estados Unidos, las reservas de petróleo se agotarían en 19 días. El escenario implacable de políticas de chock, de condicionamientos y ajustes estructurales bajo la tutela del Fondo Monetario Internacional, que es el quien impone las reglas, no representa la normalidad deseable para Cuba. El bloqueo se explica

precisamente en el fondo porque la lógica del sistema cubano esta asentada en la resistencia a esa supuesta normalidad, a nombre de una inserción desde la soberanía funcional y no desde el condicionamiento. De modo que seguimos ante un diferendo a largo plazo.

Mi punto al respecto es que la alternativa cubana solo puede construirse dentro de un proyecto de perfeccionamiento socialista. Perfeccionamiento no quiere decir radicalización – no siempre al menos. Y este objetivo debe contextualizar cualquier horizonte reformador. Asimilar nuevos espacios de mercado siempre va a ser necesario, pienso yo, así como de descentralización administrativa, y mayores alcances de la decisión popular. Pero ni mercantilizar la economía ni dismantelar la institucionalidad vigente pueden convertirse en objetivos de una agenda deseable para el futuro del país. Un giro de este género generaría pérdidas irre recuperables y emplazaría un obstáculo irreversible al proyecto social.

No puede descuidarse la mirada global desde la resistencia a pesar de la erosión que ya padecemos de los niveles de equidad que habían sido alcanzados en los ochenta, y del efecto de empobrecimiento que la caída económica ha introducido en la población, cuya superación no es visible a partir de las tasas en que se recupera hoy la economía. Recuerdo que en uno de sus artículos Mons. Carlos M. de Céspedes citaba este comentario que había escuchado: “todos entramos juntos al período especial, pero estamos saliendo uno a uno”. Aguda observación que refleja el desigualamiento vinculado a los resortes de la dinamización económica, los cuales restablecen nichos de interés privado y valores individualistas. Y no sólo que las tasas de recuperación económica sean aun insuficientes para que se reflejen en las condiciones de vida.

Volvemos a vernos situados, aparentemente, ante un dilema ya clásico: eficiencia económica vs. justicia social. ¿Con qué nuevas fórmulas balancear esta verdadera antinomia, en la compleja situación del escenario impuesto por el ordenamiento económico de hoy?.

Quisiera, para terminar, ocupar unos minutos para referirme muy brevemente a algunos de los principales desafíos con los que la transición cubana se enfrenta al nuevo siglo.

Uso el concepto de transición con toda intención, aunque no ignoro que no es siempre bien acogido. Quince años atrás “transición” nos parecía un término privativo para referirse a la superación del capitalismo. Después del derrumbe socialista el tema de las transiciones políticas de salida del socialismo monopolizó el concepto en la academia norteamericana y europea, en el discurso político y en lenguaje popular. Me opongo a ambas visiones excluyentes (del capitalismo al socialismo o a la inversa) y reclamo para el concepto la validez de una acepción genérica. Y sobre esta base, para designar la transición desde un socialismo inviable hacia otro que se debe mostrar viable. No es una simple discusión de palabras, sino de expresar que no se trata de rescatar el esquema socialista que fracasó sino de recrear el socialismo en una solución transicional.

Ni la fórmula existe *in vitro*, ni puede estar muy claro cómo sería de distinto un socialismo viable. Es parte importante del debate de la izquierda de nuestro tiempo.

En Cuba, a los desafíos de los años noventa, básicamente desafíos de subsistencia, de resistencia, de generar coordenadas de flexibilización y espacios de debate, de renovar el consenso en torno al proyecto nacional desde la perspectiva generacional (desafíos aun vigentes), se suman otros que hemos querido calificar como propios de cambio de siglo.

En las presentaciones anteriores me detengo con más detalle que aquí sobre cinco desafíos a los que atribuyo la mayor importancia. No de manera excluyente sino en un simple esfuerzo de levantar la mirada hacia el horizonte.

1. Lo que en nuestro país responde al nombre de “perfeccionamiento empresarial” alude a la urgencia de lograr un patrón deseable de eficiencia de la empresa estatal, alternativo a la estricta adopción de los indicadores capitalistas de eficiencia, centrados

en la lógica de la ganancia, antagónicos con la equidad. La eficiencia de la empresa socialista no puede ser casuística, y esto habría que conseguirlo porque para una economía que debe mantenerse sustentada en un vasto sector estatal, la empresa socializada es por fuerza el punto de referencia de la eficiencia de la economía en su conjunto.

2. Una empresa estatal competitiva es condición para un redimensionamiento equilibrado de sectores: la cuestión de definir qué debe ser administrado centralmente por el Estado y dónde serían más funcionales otras modalidades de propiedad y de organización de la producción. Tanto de las ya conocidas como de las que se pueda inventar. Pienso para el futuro en una economía que incluya diversas modalidades de explotación de los recursos, con una cuota deseable de presencia del mercado, y que permita complementar rentabilidad y beneficio social.

3. Uno de los problemas actuales es el desfase entre el impresionante caudal de capital humano, profesional y cultural, creado por cuatro décadas de cobertura sistemática de las necesidades de enseñanza, y su aprovechamiento efectivo. La profesionalización es el plano que más significativamente diferencia al cubano del 2000 del cubano de 1960.

4. Otro reto importante es el del establecimiento de un nuevo patrón de equidad distributiva. Impedir que se siga ensanchando la brecha en la distribución, detener y revertir el empobrecimiento que hoy se muestra sensible. Sin la pretensión de retornar al patrón anterior, que podría implicar ahora un nuevo estancamiento económico.

5. Por último, el reto de asegurar una dinámica de perfeccionamiento progresivo de la institucionalidad política y civil, para elevar la participación democrática. Las instituciones políticas y jurídicas vigentes admiten niveles de representatividad y participación superiores a los que se aplican. Democratizar (democratizar bien) no consiste, a mi juicio, en renunciar a las instituciones vigentes para adoptar otras que sabemos de sobra que han fracasado en forjar gobiernos “del pueblo, por el pueblo y

para el pueblo” como quería Abraham Lincoln. En los propios Estados Unidos el sistema liberal se ha convertido en un verdadero mercado por las posiciones de poder, y en América Latina el descrédito de la vida política es escandaloso. Se trata, en realidad, de encontrar los caminos a través de la institucionalidad que nos hemos dado y de su perfeccionamiento.

Al concluir con este recuento de desafíos mi intención dista de otra cosa que no sea llevar a ustedes un panorama del horizonte, tal como se presenta ante mi lectura. Estoy convencido de que no podrá existir el socialismo (o postcapitalismo, si es que el concepto de socialismo nos devuelve a los fracasos del siglo XX), sin democracia. Aunque pueda parecer paradójico, el capitalismo ha demostrado que puede existir sin democracia, que renuncia a ella cada vez que le conviene, que la deforma y la desacredita. El socialismo se derrumba sobre todo porque le falta. Creo incluso que el reto de construir la democracia socialista – sin saber siquiera que significará institucionalmente – constituye a la larga el mayor reto, el definitivo para una sociedad de justicia y equidad.

Muchas gracias.